

amigo.—Lo cual prueba que es muy bueno; mas si yo os dijese que todos los pecados florecen en vuestra alma; si yo pudiera revelarlo y mostraros á todos tales como sois ante Dios, ¿qué diríais? Os encenderais de vergüenza y querríais meteros debajo de tierra. Pues bien; avergonzaos al instante, porque Dios os mira. ¡Ah! Evitemos el pecado; sobre todo, no pequemos más. A un hijo se le perdona el que no ayude á sus padres, y que no sepa hacer nada; pero nunca se le perdona el que los haya insultado.

A lo menos, partid de este principio de buen sentido: no se debe hacer á Dios lo que no se haría á un hombre como vosotros.

Tengamos siquiera tanto honor como el soldado que quiere cumplir su tiempo sin que le castiguen, tan solo para poder decir: «A mí nunca me han castigado.» ¿Ni siquiera tendremos este vulgar sentimiento del honor? ¿No podremos pasar un día sin pecar? ¡Oh! ¡En verdad que esto es muy fuerte!

Por favor, no ofendamos más á Jesús sacramentado: seamos más ó menos humildes, pacientes y mortificados; realizad las más hermosas acciones ó, por el contrario, ninguna; yo os disimulo que no tengáis virtudes; pero á lo menos, yo os lo suplico; ¡nada de pecar! ¡ningún pecado!



LOS EFECTOS DEL PECADO VENIAL

EL amor de Dios suple á todo, y para todo basta: es muy cierto; pero cuando no purifica del pecado, no es verdadero. ó todavía no es muy enérgico, porque el primer efecto del amor es purificar.

Por esta razón hay que seguir examinando el pecado y sus funestas consecuencias, á fin de conseguir que cause espanto.

¿De qué procede que nos amedrente tan poco el pecado que en él moremos sin miedo; que sepamos que se halla en nosotros, que le conozcamos y que no cuidemos de evitarle ó corregirnos? — Pues procede de la mala ó negligente voluntad, de la indelicadeza ó del poco amor á Dios.

Si por Jesús sacramentado y por el alma hiciera cada uno lo que se hace en el comercio y en cualquier otro estado para prosperar en él, tardaríase poco en llegar á ser grandes Santos. — Se necesita que Dios nos pague lo que por Él hacemos y los cuidados que por nuestra alma nos tomamos; y á pesar de eso, encuéntrase mal servido.

Dícese: «Pero, después de todo, ¿qué es el pecado

venial? Una falta leve que no mata al alma.» Y considerando esto, no se inquietan por el pecado venial. ¡Oh cuántas cosas nos enseñará el purgatorio! Mas desde ahora ved cuáles son los efectos del pecado venial, y comprenderéis cuánto debéis huir de él.

No hablo de esas faltas que causa la flaqueza, la fragilidad, contra las cuales se vive prevenido, que solo por sorpresa se cometen y de las que se sale tan pronto como en ellas se ha caído; sino del afecto al pecado venial, que mueve á cometerlo fácilmente, y cuyos agravios no se notan; que después de exponerse á él se le mira sin turbación; en una palabra: hablo del pecado venial que se comete por afecto y en el cual se permanece por hábito.

I. Ahora bien: el pecado venial paraliza el poder de Dios sobre nuestra alma, pues cuando Dios encuentra el pecado venial en el camino del alma, detiéndose su poder, no puede nada.

En el otro mundo, la justicia se satisface sin necesidad de que el culpable consienta; mas aquí abajo tenemos siempre libertad, por lo cual Dios no puede hacer en nosotros sino lo que consentimos dejarle hacer, pero la perversa voluntad del hombre en rechazar el poder de Dios es más fuerte que la voluntad de éste. — Sí, mil veces. Dios nada puede hacer en uno cuya conciencia está ocupada por el afecto á un pecado venial, pues es imposible que en tal caso una su poder al nuestro y su acción á la nuestra. El pecado, por su misma naturaleza repugnante á Dios, constituye una oposición de esencia á esencia, de naturaleza contra naturaleza. ¿Qué queréis que Dios haga? Pudiera aniquilarnos, pero no se ha concedido un tiempo para vivir y disfrutar de nuestra libertad, y respeta aquel decreto.

El pecado venial detiene el curso de la bondad de Dios.—La gracia es la efusión de la bondad divina; y siendo así, ¿cómo podrá Dios en modo alguno dar su gracia á quien con sus obras le diga: «No la quiero?» Le es imposible volver bueno un acto malo por su naturaleza. El pecado venial es la repulsa opuesta á la gracia solicitante, y cuya acción anula; mas como Dios no puede forzar la puerta del corazón, se retira, no ejerce violencia, se limita á pedir entrada. Muéstrale la Escritura presente al alma con tanta frecuencia como un amigo y pidiéndole penetrar en ella con sus gracias, suplicando á Israel que le escuche. También nuestro Señor, durante su vida, pedía que tuvieran á bien recibirle; pero cuando no se quiere, le fuerzan á retirarse.

No vengo hablando sino del pecado venial que, sin destruir el estado de gracia, paraliza su acción, y que no se opone al hábito de la caridad, sino á su eficacia y á sus actos.

El pecado venial se opone á la gracia actual, tan necesaria para obrar sobrenaturalmente que, sin ella nada en absoluto podemos en orden á la salvación. La gracia actual es una luz, una inspiración; es la acción de Jesucristo y de su Espíritu en nosotros. Ahora bien; el pecado venial destruye ó impide sus efectos; obscurece al alma, amengua su mirada, envuélvela en tinieblas. Sin cesar se presenta la luz de la gracia para iluminar nuestra inteligencia y mostrarle los motivos sobrenaturales, el bien divino; mas si cerramos todas nuestras entradas, no podrá penetrar en ella, por lo que ese sol de amor alumbrará la piedra de nuestro sepulcro, donde permaneceremos sepultados entre tinieblas.

El pecado venial corresponde en esto á un se-

creto instinto de nuestra naturaleza caída. Más teme el hombre la luz de Dios que á su misma bondad, porque la luz se queda, permanece. Los judíos no querían ni oír á Jesucristo, y le apedreaban cuando quería decirles la verdad. De igual manera no gusta oír á un pobre que os expone sus miserias, y se le da algo en seguida para no contemplar aquel espectáculo que pudiera conovernos demasiado. — Así tampoco gustamos de vernos ni de ver á Dios y su voluntad y lo que pide; pero la luz que rechazamos nos acusa, y tanto más cuanto es mayor: ¿qué será de nosotros que vivimos en las tinieblas del pecado, frente á esa luz brillante de la Eucaristía? Bien podemos decir que pecamos en la luz; y como nuestros pecados son más graves por estar en ella, con mayor severidad seremos á causa de ellos castigados.

La gracia es también un calor vivificante con el cual quiere Dios tocar nuestra voluntad, agitarla suavemente para inclinarla á lo que nos pide; pero el pecado es el frío, el hielo mismo del sepulcro, y temeroso de que nos saquen de nuestro letargo, impide al calor divino penetrar en nuestros corazones. ¡Y sin embargo, es tan potente, bienhechor y dulce el calor que dimana del Santísimo Sacramento! ¡Como que en él se halla el foco del Corazón viviente de Jesucristo! — Pero el pecado nos mueve á huir de ese calor, y si sentimos que nuestro Señor nos presenta su Corazón para conquistarnos con su ternura, escapamos temerosos de que nos diga: «¡Yo os amo!» porque nos veríamos obligados á responderle: «¡Y yo también!» Lo cual se dice muy bien con los bordes de los labios, pero corriendo, por miedo de ser cogidos por la palabra; porque cuando un enemigo se deja abrazar, queda desarmado y conviér-

tese en amigo. Lo mismo nos pasaría á nosotros, pero tememos los deberes de la amistad.

La gracia es además la acción del Espíritu Santo, con la cual renueva en nosotros y continúa la vida de Jesucristo, que nos dice: «Toma mi gracia y haz esa buena obra, ese sacrificio; trabajemos juntos; yo pondré el fondo y el medio, y tú tendrás el mérito y el fruto;» pero el pecado nos impide aceptar esta proposición de amor, y la rechaza, imposibilitándose este contrato de compañía, supuesto que nuestro Señor no puede juntar su acción al pecado, que es opuesto á Él. — Por eso el pecado venial es la ruina de la gracia actual, cuya acción impide y destruye; ata á Jesucristo á la puerta del alma y poco á poco se convierte en ruina de la gracia santificante, que se corrompe como agua estancada que ninguna fuente viva alimenta, ni movimiento alguno purifica.

El pecado venial destruye la gloria que deberíamos dar á Dios con nuestras obras.

Dios es el dueño y propietario de nuestra vida, y nosotros somos colonos y servidores suyos, á quienes entrega talentos para hacerlos producir; por manera que tenemos obligación rigurosa de procurar su gloria en este mundo. Recordad cómo fué castigado el servidor negligente que había enterrado el talento que se le dió.

Mas por el pecado dejamos de reconocerle por Señor nuestro, á quien todo lo debemos; ocupamos su lugar, y obramos por cuenta propia: ¿qué gloria le resulta de acciones efectuadas por nuestro amor propio? El pecado aniquila la gloria de Dios en sus criaturas y destruye todo cuanto pudiera elevarse hacia Él y glorificarle. — Tal es la guerra que el pe-

cado mortal (1) hace á Dios y á sus atributos divinos.

II. Y si consideramos este pecado venial en los efectos que en nosotros produce, ¡cuán triste es!

Mirad lo que causó en los Apóstoles. Durante tres años viven éstos con nuestro Señor, le ven, le escuchan, gozando de sus milagros, de sus explicaciones particulares é íntimas. ¿Y se han aprovechado de ello? No, ciertamente, pues ni siquiera llegan á corregirse de sus defectos, y se quedan con su ambición, envidia y amor propio. ¿Cuál es entonces el obstáculo? El pecado venial, porque el Evangelio señala las faltas de ellos que sólo son veniales; defectos veniales, pero observad adónde éstos los conducen. ¿Los veis huir del jardín de los Olivos, y á Pedro renegar de su maestro? También Judas había vivido con nuestro Señor y no principió á ser infiel sino por codicias pequeñas.

Sin duda, puede vivirse en la vocación más santa, puede pasarse la vida con el Santísimo Sacramento, y no por eso ser un Santo.

¡Oh! Tengamos siquiera compasión de nuestro Señor y no le insultemos en su cara; cuando nada puede dársele á un pobre, no se le despide con injurias. Pues bien, Jesús mendiga nuestros corazones. A un bienhechor que nos concede una generosidad, no se le corresponde con groserías: ¿y de cuántos beneficios no nos llena constantemente nuestro Señor?

Pero no es esto todo.—El pecado venial, que paraliza el poder de Dios, nos entrega al poder del demonio y de la naturaleza corrompida, gobernada por

(1) ¿Quiso decir *venial*?—*N. del T.*

él. Entonces obramos por los instintos de la naturaleza, por el amor propio, y nos salimos con la nuestra; nos quedamos satisfechos porque la naturaleza, cuando trabaja por su cuenta, es muy hábil. Pero en estas obras, ¿qué queda para Dios?

En efecto: como el pecado venial anula toda la gracia actual, permanece estéril todo cuanto bajo su influjo realizamos. Dios nos ofrece su gracia, la rehusamos, y rechazamos su dirección para depender de nosotros únicamente, lo cual es una infidelidad.

Conozco que todos los actos de un hombre que obra naturalmente, no son pecados y que sin la gracia sobrenatural pueden realizarse actos buenos y honestos de virtudes morales: pero esto no sube á lo alto; pues para que una acción llegue al trono del Señor para recibir allí su galardón, se requiere que vaya conducida por la gracia, única que tiene fuerza para remontarse hasta la vida eterna.

Pero después de todo, si en teoría es como digo, en la práctica ya es otra cosa; yo apenas creo en las virtudes morales de las personas que no tienen las virtudes divinas; pues el que para obrar naturalmente rehusa la gracia de Dios que se le ofrece, procede de un modo perverso.

¡Y cuánta mayor verdad es ésta con relación á nosotros! No se descende desde el seno de gracias tan grandes como las nuestras sin quebrantarse los miembros.

Por consiguiente, hay privación de mérito, pues quien en pecado trabaja, se fatiga y nada gana; más aún, será castigado por lo que debía hacer y no ha hecho, aunque tenía gracia para ello. En tal caso nuestras buenas obras conviértense en condenación

nuestra, porque el pecado venial vuelve inútil cuanto toca, supuesto que el gusano se halla en la raíz.

Anúlase para la recompensa aquello á que disteis buen principio por la gracia, como lo concluyáis por amor propio. — Así, el pecado venial vuelve malas las cosas buenas y las aguarda para perderlas á lo último; en ese caso somos como el labrador, que en un abrir y cerrar de ojos ve al granizo destruir las esperanzas y las labores de un año. Para lo cual es suficiente un pecadillo de amor propio; ¡una mirada á sí mismo!

Por último, el pecado venial nos hace desgraciados, porque un religioso tibio es el más infeliz de los mortales, supuesto que trabaja tanto como sus hermanos, sin recibir al par de ellos los consuelos celestiales que suavizan el trabajo, pues los rechaza, y Dios no puede darle á gustar su paz, su unción, á causa de ese obstáculo del pecado, que es una barrera infranqueable para su bondad.

Tampoco saborea las alegrías de una buena conciencia, porque no florecen sino en las conciencias que Dios ilumina y visita, y la suya, en vez de estar en ese festín perpetuo, se halla negra y respira azufre; vive atormentada por el remordimiento y el temor; tiembla de continuo, y consigo arrastra su castigo interminable.

Ni siquiera disfruta los consuelos que el mundo da á los que le sirven, porque el mundo no puede entrar con sus placeres adonde él se halla, y si abandona su vocación para ir á suplicárselos, logra sólo aumentar su infortunio, mientras por doquiera arrastra las cadenas de sus votos y compromisos.

¡Oh qué caro se paga el pecado venial! Entra halagando y sale mordiendo; es un hormiguero que

roe el corazón. Ya ni placer ni gozo en la oración; ya no se quiere ver á Dios. — ¿No lo sabéis por experiencia?

Ea. pues; amemos á nuestro Señor lo suficiente al menos para no ofenderle, y sobre todo no permanezcamos en el pecado, sino que la penitencia y el amor en seguida nos levanten.

Y sin embargo, ¡cuánta pena causamos á Jesús sacramentado!

Fácil sería durante el retiro anotar la suma de los pecados veniales de un día, y quedaríais espantados de ver el total. ¿Qué sería si pudieseis contar todos los que habéis cometido desde que vivís? Basta un minuto para pecar, y menos tiempo aún necesitan los pecados interiores. Nuestros pecados veniales son incalculables.

Créese que sólo hay responsabilidad respecto á los que se conocen: conviene decir respecto á los que se cometen, lo cual no es lo mismo; pues el conocer y el cometer son dos.

Ha dicho nuestro Señor que se daría cuenta hasta de una palabra inútil; mas si una inutilidad es motivo de juicio, contad, si podéis, vuestros pecados de pereza, sensualidad, vanidad y amor propio. En el purgatorio habrá que verlos y expiarlos hasta el último.

Seamos, por consiguiente, delicados aun respecto á las menores faltas, en todo cuanto afecte á la conciencia y á la regla. Tengamos mucho cuidado, pues los que por crímenes abandonan su vocación, comen zaron por nonadas. — Cuando una piedra se desprende del monte, ignórase hasta dónde caerá; lo que únicamente se sabe es que, cuanto de más arriba baja, hasta mayor profundidad desciende.